

LA MUERTE EN LA POESIA
DE FEDERICO BALART

LAS referencias a la muerte corren de continuo por todas las páginas de la poesía balartiana, sobre todo en *Dolores* y algo menos en *Horizontes* y en las demás obras. El tema ha distraído la atención de los literatos de todos los tiempos, sobre todo en España, aunque en cada época ha tenido un matiz distinto. Durante la Edad Media aparece como principio de una vida mejor—Berceo—, o bajo apariencias de angustia por su venida—Arcipreste de Hita—. En el siglo XV las *Danzas de la Muerte* son la muestra más característica de lo satírico y social. Su sentido democrático y su aspecto de lúgubre dramatismo señalan un castigo—según Díaz-Plaja—por la equivocación humana, por el error. En la Edad Media, predomina el terror ante ella, substituído por la «alegría placentera de vivir» en la época renacentista, y junto a este aspecto existe un ansia de morir, porque se espera mejor vida, en Encina, Manrique, y más tarde en los místicos, ya que para éstos no existe el dolor de morir, sino el placer de morir. Cervantes verá la muerte como acto de servicio, ya que la dura lección de Lepanto—donde tan cerca la tuvo—le hizo tener vivencia de dicha imagen. Los barrocos, con una visión de la España decadente, esperan la muerte con sentido amargo, y así—seguimos a Díaz-Plaja—Quevedo «se lamenta de la pérdida de la vida, descora-



zonado y triste ante lo inevitable». El siglo XVIII dará un poco de lado a la muerte.

Es el siglo XIX, según la opinión de todos los críticos, el siglo por antonomasia de la muerte, no como danza medieval, aunque queden rastros, sino como tema artístico y literario. Los románticos, al volver sus ojos a la Edad Media, miran lo desolado, lo tétrico, lo macabro, y el tema de la muerte se convierte en principal, y la «amada ausente» es la glosa más querida de estos poetas. Cadalso, en pleno siglo XVIII, recrea su atormentado espíritu en imágenes sobre la muerte. Después Larra —el suicida—, Espronceda, Bécquer... Para éste—y ya nos vamos aproximando al matiz que nos interesa para Balart—, «la muerte es una continuación de la vida en donde el amado y la amada se unen para siempre»:

*Mas nada hay fijo en la inconstante suerte:
Sordo tu cuerpo a mi gemido está,
Si hoy nos separa sin piedad la muerte,
La muerte al fin a unirnos volverá.*

La muerte como símbolo de soledad producido por la muerte de un ser querido, alimenta las páginas de Valero Martín, Ruiz Aguilera y Balart, entre otros. El materialismo arranca duras notas en Bartrina, continuando el tema hasta el momento con los nombres de Unamuno, A. Machado, García Lorca, Juan Ramón, etc., dándole cada uno un peculiar sentido.

Vista a grandes rasgos la imagen de la muerte a través de nuestra literatura, entramos a analizar el tema en la poesía de Balart, adelantando previamente que el matiz en el poeta murciano guarda semejanzas con los prerrenacentistas castellanos—Manrique, Encina—y modernamente con Bécquer.

Ya en *Preludio y Primer lamento*, las estrofas se convierten reiteradamente en un canto a la muerte, donde el poeta en su delirio doloroso, la trata como mal físico; pero el sentido de la muerte está visto desde el punto de vista cristiano y sincero, no castigo, sino obra de Dios que nos prepara el camino hacia otra vida mejor, que nos abre las puertas de una vida eterna. Valbuena Prat, ha dicho con razón: «Morir es descansar en el seno de Dios; morir es despertar a la vida verdadera». Y con este sentido escribe Balart:



*Yo te saludo, oh muerte redentora,
Y en tu esperanza mi dolor mitigo,
Obra de Dios perfecta; no castigo,
Sino don de su mano bienhechora.*

En otra ocasión, el poeta goza con la muerte y la considera algo substancial a él:

*—Los sollozos son mi canto
La muerte mi pensamiento;
Que, como es dura mi suerte
Y abrigo la convicción
De que en la gloria he de verte,
Sólo pensando en la muerte
Se me ensancha el corazón.*

Y este ansia de morir, como término de la vida y del dolor le hará posible unirse a la amada:

*Por eso, en mi dolor, con ruego vano,
Pronunciando tu nombre miro al cielo,
Y sordo a todo llamamiento humano,
Morir, sólo morir doliente anhelo.*

En horas de lucha, su naturaleza flaquea y un deseo de muerte le hace exclamar:

*Manda un rayo de luz a mi agonía
;Y venga en él la muerte!*

Un aliento de esperanza cubre al final la humanizada postura del poeta:

*;Misericordia, oh Dios! ;Cese esta guerra,
Cese este ardiente anhelo;
Que me aguarda un cadáver en la tierra
Y un ánima en el cielo!*

Donde Balart llega a un sentido exacto y preciso de la muerte es en dos composiciones: en el soneto *A la muerte* y en *Ceniza*. En el prime-



ro, uno de los sonetos más perfectos del autor, alabado unánimemente, y sobre todo por el P. Restituto, la muerte es la reveladora de la vanidad irremediable de la vida, y por lo tanto, aplaude el poeta su necesidad en este mundo. El seco, pero exacto relato de fibra clásica, con su tinte estoico, más parece un soneto de nuestra mejor escuela clásica, que escrito en las postrimerías del XIX. Nos recuerda aquellos poetas de Cancioneros, Escrivá, los Manrique...

*Yo te saludo muerte redentora,
Y en tu esperanza mi dolor mitigo,
Obra de Dios perfecta; no castigo,
Sino don de su mano bienhechora.
¡Oh de un día mejor celeste aurora,
Que al alma ofrece perdurable abrigo,
Yo tu rayo benéfico bendigo,
Y lo aguardo impaciente, de hora en hora.
Ante las plagas del linaje humano,
Cuando toda virtud se rinde inerte,
Cuando todo rencor fermenta insano,
Cuando al débil oprime inicuo el fuerte,
Horroriza pensar, Dios Soberano,
Lo que fuera la vida sin la muerte!*

La otra composición, *Ceniza*, está incluida—a nuestro juicio indebidamente—en *Horizontes*, dando ello cierta continuidad a los temas de *Dolores* en aquella obra. El pensamiento de Balart, respecto a la muerte, en esta composición está dentro del sentido estoico, cristiano, de tradición castellana de todos los tiempos y que recogieron nuestros mejores poetas y dramaturgos. ¿Hay posibilidad de entroncar este sentido balartiano de la muerte con las danzas macabras? Nosotros creemos que sí.

Valbuena Prat, señala dos caracteres de estas manifestaciones literarias: el democratismo de una parte; de otra, la lección moral, la amonestación predicadora, la ética senequista. Ambos caracteres los encontramos expuestos en la composición que nos ocupa y en otras, sin que ello quiera decir que estamos ante un motivo característico del género. Así el tema de la muerte compañera:



—que mientras por la vida caminamos
Siguiendo nuestros pasos va la muerte.

O el de su sentido universal y democrático:

*Que a esa cita, más tarde o más pronto,
Nadie ha de faltar.*

.....
¿Qué hay de seguro en la vida, qué?—¡La muerte!

Y en Ceniza:

*Hemos de ser, unidos en la fosa,
Ante Dios una vez todos iguales.*

Vemos que la composición de Balart desarrolla sin estricto sentido de danza, la tradición medieval española; claro está, que la época finisecular no podía tener tan arraigado el sentido satírico-moralista de la etapa prerrenacentista, pero también en el dolor produce unos efectos moralizadores y se convierte en aviso a la humanidad:

*Deja tu mascarada escandalosa,
Y ven a meditar donde te espero:
Aquí, lejos del mundo vocinglero;
Aquí donde, siniestra y misteriosa,
Habla la muerte su lenguaje austero*

Y continúa después llamando:

*Ven, pues, mi llamamiento no te asombre;
Que al fin has de venir, mal que te cuadre,
Donde vino tu padre,
¡Donde vendrá el postrero de tu nombre!*

Presentando el aspecto desolador de la carroña:

*Aquí donde en el fondo de la huesa
Toda humana existencia se derrumba,
El inquieto gusano de la tumba
Nunca en su destructor trabajo cesa.*



El mismo aspecto desolador, y de donde pueden proceder algunos detalles de Balart, tiene la muerte en el poeta portugués Abilio Guerra Junqueiro. La composición de «A Velhice do padre eterno», titulada *A vala comun* lo expresa desde el comienzo hasta el final:

*E onde as larvas proletárias
Dévoram—lígubres festins;—
Grãnios de herois, ventres de párias,
Carcassas podres de arlequins.*

Sobre este llamamiento tétrico de la muerte a los mortales, se deslizan las consideraciones ético-morales, de tradición senequista y el poeta se convierte en un hermano de Jorge Manrique. Presentando esa alegría de vivir:

*¡Bebed!, ¡reid!,
¡cantad! La alegre mesa
Rebosa de manjares y de risa.
¡Bebed!, ¡reid al borde de la huesa!
El gusano fatal no tiene prisa.*

Pero la consideración empieza. ¿Qué queda de las glorias pasadas? ¿Qué ha dejado a su paso la muerte? Nada, ni de las pasadas grandezas:

*¡Oh mortal miserable!
Por más que tu soberbia desatada
De tu prosapia y tu poder nos hable,
Tu estirpe está de antiguo averiguada:
¡Siempre serás, reptil abominable,
Hijo del cieno y nieto de la nada!*

Sobre la vida «¡viento fugaz perdido en el espacio!», la sentencia del moralizador aparece a nuestros ojos:

*Mas no: si a Dios tu espíritu se eleva
Y en la esfera inmortal del bien se arroba,
No temas, no, la irremediable prueba:
La muerte, hambrienta como hambrienta loba,
Cuando en tu ser mortal el diente ceba
Sólo la vil mortalidad te roba.*



- He aquí la imagen de la muerte en Balart en este sentido de semejanza con las danzas; falta, desde luego, el sentido dramático, satírico y animado de las composiciones medievales, pero estos dos aspectos en su obra—visión tétrica, repugnante, avisando a los mortales y el aspecto resignado y moralizador—dan permanencia al tema en la época postromántica, campeando, no el sentido materialista de Bartrina, sino el moralizador de la mejor escuela, también tratado con cierto matiz romántico.

Nos queda una visión balartina de la muerte, de fibra muy poética: es la imagen de la muerte como sueño, emparentando antes con Bécquer y después con A. Machado y otros. Vemos en Balart:

*¡No hay en el mundo sueño más tranquilo
Que el sueño de la tumba!*

Antes Bécquer, en una de sus *Rimas*, había dicho:

*De aquella muda y pálida
Mujer, me acuerdo y digo:
¡Oh, qué amor tan callado el de la muerte!
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!*

Y después A. Machado, el gran lírico de la Generación del 98, exclamó, refiriéndose a la muerte de un amigo:

*Definitivamente
Duerme un sueño tranquilo y verdadero.*

La imagen de la muerte es tan idéntica en los tres, que no da lugar a comentario. Pero hay más. Amado Nervo, tiene una imagen parecida en la composición «Como callan los muertos» de *La Amada Inmóvil*:

*¡Qué despiadados son
En su callar los muertos!
Con razón
Todo mutismo trágico y glacial,
Todo silencio sin apelación
Se llama: un silencio sepulcral.*



Con lo expuesto pensemos, que la imagen en Bécquer, es todavía efecto de un amor fallido, el recuerdo es el que le hace hablar de este modo, la muerte será un motivo de descanso. En Balart, la muerte es el descanso de una vida dolorosa:

*Por eso, en mi dolor, con ruego vano,
Pronunciando tu nombre miro al cielo,
Y, sordo a todo llamamiento humano,
Morir, sólo morir doliente anhelo.*

En iguales extremos se expresa el italiano Leopardi:

*Y tú, a quien ya desde la infancia mía
Siempre honrándote invoco,
Bella Muerte; tú sola
Compadecida del dolor terreno,
Si celebrada fuiste
Alguna vez de mí, si del ingrato
Vulgo quiere enmendar la injusta ofensa
Al devolverte a tu esplendor primero,
No tardes más, accede,
Al ruego inusitado,
Cierra a la amarga luz mis ojos.*

En Antonio Machado, poeta más que filósofo—pero también esto—, el hombre de los sueños, la muerte es un verdadero sueño, es la vida de descanso. Junto a la muerte y sus consideraciones, el estado del poeta es la tristeza resignada, característica fundamental de las manifestaciones artísticas de la época contemporánea.

